

CRITIQUILLA

Si José Antonio dijo una vez «amamos a España porque no nos gusta», creo que yo también podré seguir amando a Rentería aunque critique un poquito de ella.

En primer lugar quisiera decir que las calles no están bien señaladas. Solo he visto una que tuviese en dos sitios el nombre: La Plaza del Ferial. Y son varias las que no lo tienen puesto (o al menos yo no lo he visto), concretamente Vázquez Mella, Olazábal, Martín Echeverría, Francisco Gazcue, Segundo Izpizua, Plaza de Gamón, Calle Abajo, Morronguilleta, Alduncin, María de Lezo, Miguel Zabaleta y Uranzu. Hay unas cuantas placas muy artísticas, pero de difícil lectura: Plaza del General Mola, Avenidas de Alberto Lecuona, de Lucio Zalacain y de Navarra.

—Bien, —me dice un quídam. —¿Pero hace falta poner los nombres para que los renterianos sepamos dónde están las calles?

Y yo le contesto:

1.º—Los nombres en las calles se ponen para los forasteros.

2.º—El que sepa dónde están las calles: Zabaleta, Zamalbide y Zubiaurre sin pararse a pensar, para él la perra gorda.

3.º—Sé de un caso increíble que me veo obligado a contar:

Un forastero preguntó en la Alameda dónde estaba la calle Zamalbide:

—Calle, no, —le contestaron— será barrio. Y lo mandaron hacia la ermita de Zamalbide. Cuando yo lo supe, le explique al renteriano mal enterado, que hay una calle Zamalbide en Casas Nuevas y seguí tras el forastero para traerle al buen camino.

Lo encontré cerca de la ermita subido a un árbol.

—¿?...

—Como aquí todas las casas son de un piso, —me dijo— y yo busco un tercero derecha...

Esta es más grave:

De poco tiempo a esta parte, el renteriano que comete la imprudencia de salir a la calle se siente a los pocos momentos con las fauces secas y con un fuerte picor en la garganta.

El primer día pensé que por un cambio del viento llegaba hasta aquí el humo de la fábrica de ácido, de Lezo. Luego me dijeron que si era de una nueva fábrica de productos químicos que estaba instalada en Capuchinos.

A mí me gusta enterarme de las cosas y fui hasta Capuchinos. Porque si es tan malo como dicen el respirar aire viciado, ¿qué no será el respirar aire venenoso? Porque para los forasteros diré que el aire que se respira ahora en Rentería es como el de los gases asfixiantes de la guerra, pero más picante. Y si los árboles de Lezo se secaron en tantos meses, y los pulmones de los renterianos tienen una resistencia tal: tardarán en secarse, igual a X. Un sencillo problema de álgebra. Pero esto no podía quedar así. Quise comprobar de dónde venía el humo y fui a Capuchinos.

—Eso ya lo has dicho antes.

—No importa. Lo repito. «Bis repetita placent». (*Ahí queda eso*).

—¿Y salía efectivamente de allí el humo?

—No lo sé. Había tanto humo en Capuchinos que no se veía de dónde salía.

Esto que voy a escribir ahora, que no lo lea nadie, pues es secreto.

Paseando una vez por mi barrio a hora más temprana que de costumbre (había madrugado bastante porque un maldito grillo no me dejaba dormir), vi una mujer que mero-deaba por allí llevando una caja muy sospechosa. Era una caja de madera, muy voluminosa, como de botellas de coñac o champán o así. Yo me sospeché algún contrabando y me escondí. Efectivamente: la mujer aquella empezó a mirar a todas partes por si alguien la veía. No. Todo estaba en calma. Las ventanas cerradas, la gente durmiendo.

Apoyó la caja sobre una tapia y mirando una vez más si alguien la veía, volcó el contenido en un rincón inmundo. Inmundo porque lo que había volcado era una caja asquerosa de asquerosa basura, delante mismo de mi casa, porque los barrenderos habían pasado ya...

Esa tan absurda falta de civismo me dejó tan helado que no pude recriminar a la mujer, que no es única, pues ese rincón de junto a mi casa siempre está lleno de inmundicias.

Desde entonces observo a menudo ese rincón.

De siete a diez, suele haber una docena de hermosas ratas desayunando opíparamente. De diez a veinte, un enjambre de moscas y de microbios y esas cosas. Y a ratos, suelen estar jugando unos niños (y lo que se juegan es la salud), y entre ellos, el hijo de la señora que echó la basura.

Y al verle me acuerdo del dicho de un autor: «La mujer es un tesoro de bondad y de... ignorancia.»

Verdaderamente, el arrojar basuras a la calle es de anal-fabetos.

Otra cosa que me asombra:

Un pueblo tan sediento como el de Rentería, donde cien tascas no dan abasto, no hay una fuente con un poquito de agua que llevarse a la boca.

Está el surtidor de la Alameda, —de acuerdo—, pero tan exhausto, que si das una chupada un poco fuerte tienes que estar esperando diez minutos a que mane otra vez agua.

Cayeron la fuente de Calle Arriba, la de las Públicas (¡qué tripadas me daba yo al salir de la escuela!), el surtidor del parque, la fuente de la plaza del mercado...

Y uno se lamenta porque, a decir verdad, está de cocacolas hasta el cogote.

Esto no es cosa, es cosilla:

¿Qué hacen esos buzones en sitios estratégicos, Quiroga, p. e., si cuando vas a echar una carta no encuentras la rendija por ninguna parte?

Y para terminar:

A uno que pasó por Morronguilleta un día de lluvia, le dijeron en casa:

—Ahora sí que comprendemos eso de que el hombre viene del barro.

TXUSTARRA